

JUNTA PROTECTORA DE LA CUEVA DE ALTAMIRA

Las Cuevas de Altamira

y la

Villa de Santillana del Mar

(SANTANDER)



SEGUNDA EDICIÓN
AMPLIADA

GUÍA DEL TURISTA

MADRID

1 9 2 9

LAS CUEVAS DE ALTAMIRA

Y

LA VILLA DE SANTILLANA DEL MAR

JUNTA PROTECTORA DE LA CUEVA DE ALTAMIRA

LAS CUEVAS DE ALTAMIRA

Y

LA VILLA DE SANTILLANA DEL MAR

(SANTANDER)

GUÍA DEL TURISTA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
1 9 2 9

ES PROPIEDAD

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

LAS CUEVAS DE ALTAMIRA

Las cuevas de Altamira están situadas en el término municipal de Santillana del Mar, entre Torrelavega y Comillas, provincia de Santander. Se hallan enclavadas en una alta loma que se eleva a unos 2,5 kilómetros al sudoeste de Santillana, que fué en un tiempo capital de las Asturias orientales, y a cuyos interesantísimos monumentos dedicaremos la segunda parte de esta Guía (pág. 33).

El itinerario de Santander a Santillana, ilustrado con un mapa, puede verse en la pág. 49.

I

LA CUEVA PRINCIPAL CON PINTURAS PREHISTORICAS

*La cueva en los tiempos
prehistóricos.*

Como todas las grutas que se abren en los terrenos constituidos por la roca caliza, la cueva de Altamira es una obra de la Naturaleza, para la cual emplea ésta, como herramientas, las aguas de lluvia que se filtran año tras año, siglo tras siglo. Estas aguas penetran lentamente por las resquebrajaduras y alcanzan las capas más profundas; disuelven la caliza de las rocas, modificando su constitución química y física, y en virtud de este lento proceso de disolución, se abren, poco a poco, camino en los bancos de caliza, aumentando las grietas y formando cavidades. Por este procedimiento se originan las cuevas, que acaban por tener una salida al exte-

rior, y desde este momento pueden servir de refugio a los animales y aun al hombre mismo. Así, las cuevas fueron las primitivas viviendas de la Humanidad.

Cuando el hombre prehistórico penetró por vez primera en la caverna, las condiciones de la vida de nuestros remotísimos antepasados eran muy distintas de las actuales. Toda Europa se hallaba entonces bajo la influencia de un período de grandes fríos (la última "glaciación cuaternaria" de los geólogos). El Norte de nuestro continente estaba sepultado bajo un potentísimo manto de hielo, y de los Alpes y los Pirineos descendían gigantescos glaciares que impedían completamente el paso a través de aquellas cordilleras. Al mismo tiempo, de los elevados riscos de la Cordillera Cantábrica, como los Picos de Europa y Picos de Cornión, descendían también ríos de hielo imponentes, valles abajo, por las faldas de aquellas montañas; por lo cual los "cántabros" ocupaban sólo la pequeña faja costera, único territorio que podía ofrecerles condiciones relativamente favorables de hospitalidad.

Completaba este paisaje, con veranos breves y fríos y con inviernos interminables, la presencia de ciertos mamíferos que habían sido empujados a esas latitudes por los hielos nórdicos a que antes se ha hecho referencia: el mamut (elefante lanudo de cuatro metros de altura), el ri-

noceronte lanudo y el reno groenländico. Los bosques, principalmente constituidos por pinos y hayas, daban alimento y albergue al ciervo común, al gamo, al ciervo gigante y también al jabalí, a la cabra montés y a la gamuza. En las praderas, que interrumpían las manchas de tupida vegetación forestal, pacían grandes manadas de caballos salvajes, de toros salvajes y de bisontes muy semejantes a los pocos que aun subsisten en Norteamérica. Tras ellos, vigilantes, acudían el león de las cavernas, el oso y la hiena, también cavernícolas, y merodeaban, además, el lobo y el lince.

El hombre de aquellos tiempos —tan distantes que se calculan en unos veinte mil años anteriores de Jesucristo— desconocía tanto la agricultura como el arte de domesticar los animales. Ignoraba también el aprovechamiento de los metales y carecía de toda habilidad para pulimentar la piedra. Sus armas y utensilios de este material eran fabricados a golpes, dados con otra piedra; para otros usos, manufacturaba con extraordinaria habilidad utensilios, aprovechando en gran escala los huesos y las astas de los animales.

El hombre prehistórico se dedicaba a la caza; no tenía residencia fija, sino que su vida era la del inquieto nómada, permaneciendo ya aquí, ya allá, según lo que la misma Naturaleza le ofrecía; mucho tiempo, si la caza abundaba, o poco,

si escaseaba o disminuía, para reanudar la marcha errante y vagabunda en pos de las reses.

Al tiempo que a lo largo de la costa cantábrica efectuábanse estas grandes correrías cinegéticas, el hombre prehistórico debió hallar casualmente la *Cueva de Altamira*, y a ella acudiría luego en busca de refugio o de descanso en repetidas ocasiones, apropiándose el vestíbulo, inmediato a la entrada. En el antro tenebroso se instalaría la pequeña horda, huyendo de la lluvia y del frío, y prendería fuego a las ramas amontonadas, para calentarse, para asar la carne y condimentar los vegetales y también para defenderse de las fieras durante la noche.

Allí se fabricaban los utensilios, tallados principalmente en pedernal o sílex y en cuarcita. Entre el cieno, depositados en gruesas capas, se descubren cuchillos, raspadores y otros utensilios análogos, todos admirablemente adecuados para despojar los animales muertos de sus pieles y para descuartizarlos. Sus largos pelos o sus tendones utilizábanse para trabajos de costura. Sorprende extraordinariamente la destreza con que el hombre daba a las cuarcitas elegante forma puntiaguda para armar con ellas flechas o azagayas.

Numerosos son los utensilios hechos de hueso o de asta de ciervo. Para construirlos se separaba primero una esquirla tosca, la cual se labraba y pulimentaba después, con el fin de darle

la forma adecuada de punta, punzón, espátula, etc. Las finas y delgadas agujas de hueso, de aquella era lejana, recuerdan, por su perfección, las agujas metálicas de nuestros días.

No hay duda de que el hombre prehistórico trabajaba también la madera; como muestras de sus adornos han llegado hasta nosotros dientes y conchas perforadas y pequeños discos de hueso o de piedra con rayas decorativas. Es muy verosímil la suposición de que fueran amuletos. La frecuencia con que aparecen materias colorantes, especialmente ocre, permite suponer que aquellos hombres prehistóricos se pintarrajaban la cara o el cuerpo.

De todos estos materiales se ha hallado profusión de ejemplares en el vestíbulo de la cueva de Altamira, que pueden verse en la Casa-Museo construída junto a la cueva (1).

Proceden de las capas arcillosas del suelo, en las cuales estaban en abigarrada mezcla con ce-

(1) Haremos notar a los especialistas que el yacimiento de Altamira corresponde a dos períodos. El nivel profundo es del *solutrense inferior*, con puntas en forma de hoja de laurel, de base cóncava, y con puntas en muesca que frecuentemente presentan un breve pedúnculo lateral. La capa superior pertenece al *magdaleniense antiguo*, con numerosos huesos trabajados, algunos "bastones de mando" y omoplatos con grabados de animales, principalmente de ciervos. En la base del *solutrense* existen indicios del *auriñaciense superior*, y en los alrededores de la cueva se encuentran, en la arcilla, utensilios de piedra del *musteriense* (paleolítico inferior).

nizas, carbón vegetal, trozos de piedras y huesos de animales, quemados o rotos. Estos últimos pertenecen, en su mayor parte, al bisonte, al ciervo común y al caballo salvaje, y demuestran que esos eran los animales preferidos por el hombre primitivo en sus correrías cinegéticas. Como medio más sencillo para apoderarse de los bisontes y caballos, se utilizaría el de los fosos-trampas hechos en el paso habitual de estos animales, y disimulados por medio de ramaje y hierba. Provechosos resultados daría también el ojo, obligando a los animales a ir a valles estrechos o a precipicios, donde serían muertos a flechazos o por otros medios más o menos crueles. Muy afín a esta caza sería la persecución violenta: un grupo de cazadores aco-saba sin descanso a los animales codiciados, especialmente los jóvenes, las hembras preñadas o las reses heridas, hacia territorios desfavorables, sin darles lugar a comer ni a descansar, hasta hacerlos sucumbir por agotamiento.

Complemento importante de la alimentación carnívora era la que suministraban los vegetales, como bayas y otros frutos silvestres, semillas y setas. Los habitantes de Altamira efectuaban frecuentes salidas a la costa, que dista sólo seis kilómetros, de la que trajeron grandes cantidades de moluscos, sobre todo, lapas; así lo revela la abundancia extraordinaria de conchas

encontradas en la cueva. Tampoco escasean las vértebras de peces, especialmente de truchas.

Pero lo más interesante de todo es que aquellos trogloditas tuvieron sentimientos artísticos. Muchos de los utensilios de que antes se hizo mención están adornados con dibujos de una gran variedad: líneas en zigzag, triángulos o estrías dispuestas con cierta simetría. Más curiosos son un cierto número de omoplatos de ciervo. En ellos aparecen grabadas, con buriles de pedernal, las siluetas de animales, ciervas sobre todo, representadas con maravillosa fidelidad. A veces constituyen verdaderas creaciones artísticas, y no nos puede sorprender el que aquellos hombres se lanzasen a acometer empresas de este género y de más altos vuelos. Nos referimos a las pinturas con que el hombre fósil exornó el interior de la cueva, las cuales constituyen el motivo de la celebridad sin par de Altamira en el mundo entero; de ellas hablaremos muy pronto.

El período frío, del que hemos dicho algunas palabras anteriormente, no había terminado todavía, ni comenzado aún la actual edad geológica, cuando sobrevino una catástrofe en la caverna de Altamira. Hundióse todo el techo de la primera mitad del vestíbulo, llenando de escombros la primitiva vivienda de los trogloditas, con lo cual quedó obstruida la entrada. Así continuaron las cosas por espacio de miles de años,

y la cueva de Altamira permaneció herméticamente cerrada al conocimiento humano, hasta hace unos cincuenta, en que nuevamente hubo de ser descubierta. A aquella feliz circunstancia se debe el que yacimiento y pinturas hayan llegado hasta nosotros en un estado de conservación y con una riqueza verdaderamente excepcionales.

*El nuevo descubrimiento
de la gruta en 1868.*

En el año 1868, un cazador descubrió la entrada que, a causa del hundimiento, había permanecido siglos y siglos ignorada. Su perro se perdió en persecución de una pequeña alimaña, entre los huecos de las rocas; para libertarlo hubo que romper varios bloques caídos, y así resultó de nuevo utilizable el antiguo acceso.

El interior del vestíbulo estaba, empero, materialmente lleno de escombros, por lo que fueron poquísimas las personas que por rara casualidad —lluvia o frío— hubieron de guarecerse en él. En el año 1875, D. Marcelino S. de Sau-tuola (1831-1888) exploró por vez primera la cueva, conocida entonces por "cueva de Juan Mortero", denominación que pronto fué reemplazada por la de "cueva de Altamira", por el nombre de la finca donde se halla, y que no



Entrada de la cueva de Altamira y obelisco
erigido en honor de Sautuola



Don Marcelino S. de Sautuola
(1831-1888)

puede ser más apropiado y feliz, pues desde aquellos lugares se ofrece al visitante un hermoso panorama. Por el Sur se yergue, majestuosa, la Cordillera Cantábrica; al Oeste álzase los dentellados Picos de Europa, en los cuales la nieve refulge casi todo el año; al Norte se extiende el Océano, con su obscura tonalidad azul, y al Nordeste se divisan las lejanas colinas onduladas de los alrededores de Santander.

Sautuola, uno de los primeros que abrieron camino en los fastos de la Prehistoria en España, repitió sus exploraciones. En una de las visitas a la cueva, en el año 1879, la hija de Sautuola, que acompañaba frecuentemente a su padre, penetró con una bujía en la sala profunda que se abre detrás del vestíbulo, y allí vió las incomparables pinturas policromas que representan, casi exclusivamente, bisontes. Sautuola hizose cargo en seguida del gran valor y de la antigüedad extraordinaria de aquellas figuras, como lo prueba su Memoria, fechada en el año 1880, *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*; pero tenemos que consignar la duda y la desconfianza de que se vió rodeado, al pronto, este inesperado descubrimiento. Un cierto número de sabios españoles y franceses no vieron en él otra cosa que la obra moderna de pobres pastores, sin pensar que las representaciones pictóricas de Altamira son una verdadera maravilla del

arte y que entre ellas hay sobre todo figuras de bisontes, animales desaparecidos por completo de España desde hace muchísimos siglos, que sólo pudieron ser pintados en la época en que vivieron en estas latitudes, o sea nada menos que durante la última época glacial.

No faltaron, sin embargo, en España personas que defendiesen la tesis de Sautuola; la más importante fué D. Juan Vilanova y Piera, catedrático de la Universidad Central; pero ambos murieron antes de que sus ideas se abriesen camino. Hoy, ante la entrada de la cueva, un sencillo obelisco perpetúa la gloriosa memoria del descubrimiento e identificación que del arte rupestre de la más remota Humanidad llevó a cabo D. Marcelino S. de Sautuola. Este monumento fué erigido el año 1921 por el Ateneo de Santander.

Hacia el final del siglo XIX, se descubrieron en el Mediodía de Francia un cierto número de cavernas, con pinturas o grabados en sus paredes, tales como la Grotte de la Mouthe (1895), Pair-non-Pair (1897), Les Combarelles, (1901), Font de Gaume (1901). También consistían esas manifestaciones pictóricas en representaciones de animales desaparecidos en tiempos milenarios, por lo cual ya no podía caber duda acerca de su autenticidad. El descubrimiento de Sautuola quedó rehabilitado por completo, y en ninguna de las 62 cuevas con pinturas,

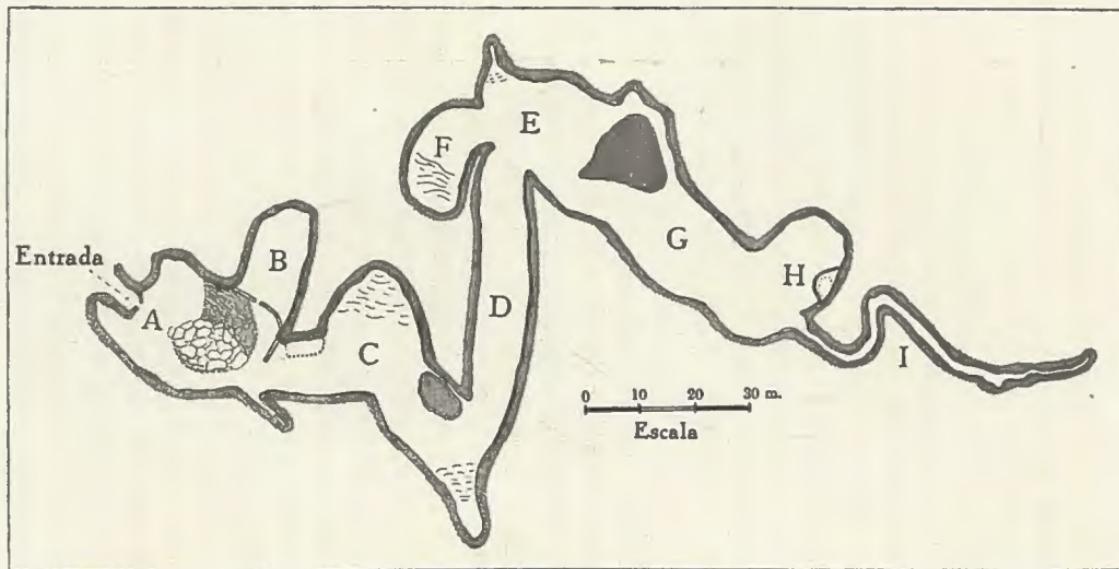
conocidas hasta la fecha en el Sur de Francia y en el Norte de España, brilla con tanta magnificencia como en la de Altamira la belleza y la plasticidad del arte rupestre. Esta última fué estudiada en 1902 por Emilio Cartailhac y Enrique Breuil, los cuales copiaron cuidadosamente las pinturas, y en 1906 apareció, bajo los auspicios del príncipe de Mónaco, la hermosa obra en que aquéllas están reproducidas con fidelidad y lujo exquisitos, titulada *La Caverne d'Altamira à Santillane, près Santander (Espagne)*.

Desde entonces data la celebridad de la cueva, al mismo tiempo que va en aumento el número de los visitantes, al cual los extranjeros dan un notable contingente. Todo ello implicaba deberes que cumplir. Era necesario facilitar el acceso a la cueva y dar a los turistas, a los artistas y a los hombres de ciencia toda suerte de comodidades para la contemplación y estudio de las pinturas; pero más urgente todavía era el atender a la seguridad y conservación de éstas. Según hemos podido averiguar por el testimonio de ancianos del país, pocos años antes del descubrimiento de la gruta se abrió, precisamente encima de su techo, una cantera en la que se trabajaba con barrenos de pólvora, de los que aun quedan señales; y a consecuencia de este método de extracción de la piedra, se produjeron numerosas grietas, por las que el agua se

fué infiltrando desde entonces, con grave peligro para las pinturas y aun para la cueva misma, cuya ruina en el año 1925 parecía inminente.

El duque de Alba acudió en auxilio. Bajo su presidencia se constituyó la *Junta Protectora de la Cueva de Altamira*, que adquirió el terreno en que se haya situada la caverna e hizo construir inmediatamente un gran muro de sostén para asegurar la estabilidad del techo que fué, además, consolidado cubriendolo exteriormente con una capa de cemento y dando inyecciones de este material en las grietas de la roca. Gracias a estos trabajos, que terminaron en 1926, ya no se perderá para España, ni para el resto del mundo civilizado, un monumento que es único en su clase.

Por iniciativa también de la *Junta Protectora de la Cueva de Altamira* se ha llevado a cabo el estudio sistemático del yacimiento del vestíbulo; se ha construído, en 1928, una carretera para automóviles, desde Santillana del Mar a la cueva; se han mejorado los caminos interiores de ésta y se ha practicado un camino circular profundo en la *Sala de las pinturas*; las lámparas de acetileno, peligrosas por todos conceptos, han quedado substituidas por reflectores eléctricos, y junto a la entrada de la cueva se ha construído una casa que sirve de vivienda de un guarda permanente y alberga, además, un pequeño Museo, sumamente instructivo.



Plano de la cueva de Altamira

La visita a la cueva.

Penetremos ahora, acompañados por el guía, en el interior de la caverna, cuya entrada está orientada hacia el Noreste y cuya longitud es, aproximadamente, de unos 270 metros. Prime-ro tenemos que atravesar el vestíbulo (*A*, del plano adjunto), el cual constituyó la vivienda del hombre prehistórico y aparece hoy cerrado en gran parte por un potente muro, con objeto de sostener la agrietada techumbre.

Al cabo de breves momentos nos hallamos ante una pared, en la cual se abre una puerta que da paso a la porción más importante de la cueva, la *Sala de las pinturas* (*B*, del plano). Es de forma próximamente rectangular; sus di-mensiones son: 18 metros de largo por 8 a 9 de ancho y muy poca elevación. Mientras que, en la entrada, la altura es de unos 2 metros, hacia el centro no alcanza más que 1,70 metros y al final sólo tiene 1,10 metros. Así se explica el hecho de que los artistas prehistóricos hicieran del techo de la caverna el lugar preferente de sus creaciones pictóricas, por la facilidad con que a ellas se prestaba. Recientemente se ha abierto un camino circular, con el fin de que el turista pueda cómodamente visitar la sala y con-templar aquellas obras desde puntos de vista más favorables.

Apréciase desde luego, al penetrar en la sala, que la mayor parte de las manifestaciones artísticas consisten en pinturas. Como substancias colorantes empleáronse el carbón vegetal para los tonos oscuros, y el ocre que dió los matices amarillo, rojo, pardo rojizo y terroso. Estas materias eran, en general, trituradas y preparadas en forma líquida, utilizando probablemente como vehículo la grasa animal. Con ayuda de pinceles u otros utensilios análogos, trazaron los artistas prehistóricos las líneas y manchas de color en el techo de la cueva, y así se constituyó una verdadera *pintura al óleo*, la cual quedó adherida fuertemente a la superficie de la roca y, fosilizándose hasta cierto punto, se conservó admirablemente. En algunas ocasiones se recurrió incluso al empleo de trozos de ocre, de punta fina, a modo de lápices. Se observa que, en varios sitios, la superficie ha sido preparada por medio de un lavado o raspado, parcial y discreto, para obtener una mayor perfección en los contornos y una suave gradación en las pinturas. Hemos de manifestar, además, que muchas de las figuras están grabadas parcialmente; a menudo los contornos de los cuerpos de los animales, así como los detalles más acusados de los mismos, como ojos, cuernos, orejas, hocico, patas y cascós, han sido antes diseñados en la piedra, finamente unas veces y con energía otras, para lo cual se utilizarían buriles de sílex, obteniéndose de esta

suerte un apunte o boceto previo de la representación pictórica que iba a ser realizada.

La manera de obtener el colorido presenta diversas variantes: las figuras de tintas planas completamente uniformes, así como los modelados con matices de un mismo color, son algo más antiguos; el punto culminante lo representan las pinturas policromas, que son las más recientes.

También se da en Altamira la circunstancia de que grabados o pinturas están superpuestos en abigarrada confusión; lo cual da lugar a que los dibujos más antiguos, sobre todo, sean a menudo difíciles de reconocer o estén incluso parcialmente borrados; esto aparte de los deterioros que en el transcurso de los tiempos han sufrido las pinturas policromas a consecuencia de las infiltraciones y, en los últimos cuarenta años, de la inconsciente imprudencia de los visitantes cuando la cueva no estaba suficientemente vigilada.

El animal representado con más frecuencia es el bisonte, que aparece echado, desperezándose o en pie. También vemos el caballo salvaje, una cierva y dos jabalíes. Todos ellos muestran una perfección exquisita, que revela el extraordinario sentido estético de sus autores. Es un arte naturalista y sensorial que representa los animales tal como son y que ha llegado a su madurez, pues nos ofrece resueltos dos gran-

des problemas artísticos: el del espacio y el del movimiento.

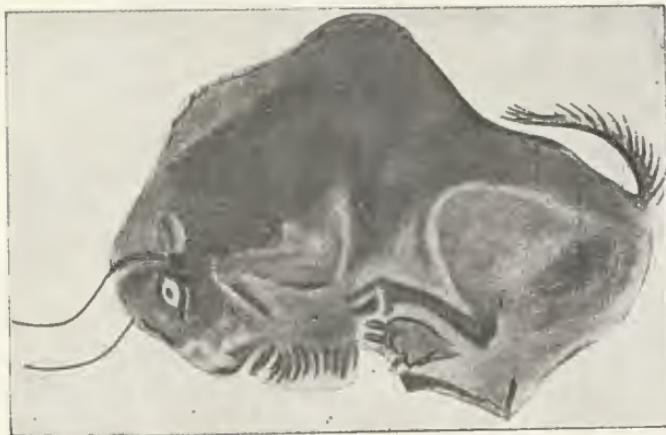
Las pinturas más importantes de la *Sala* se encuentran distribuidas por la mitad de la izquierda de aquel recinto (conforme se mira desde la entrada). Como las que hay a mano derecha tienen un interés menor, el visitante puede prescindir de ellas; además están mal conservadas.

En el techo se notan varias protuberancias naturales que, si se observan detenidamente, se ve que han sido repetidas veces aprovechadas por los artistas trogloditas para realizar sus obras maestras. No cabe duda que el hombre prehistórico, al regresar de la caza y reposar en esta sala con los ojos fijos en el techo, vería aquellas protuberancias, que le recordarían las formas de los bisontes que había deseado matar. Fácilmente debió ocurrírsele completar las formas añadiéndoles cuernos, patas y colas y realizar su relieve con tintas policromas. De estos juegos artísticos de la fantasía nacieron figuras bellísimas. Como los salientes de la roca recuerdan cuerpos en reposo, los animales pintados están en actitud de descanso, con las extremidades pegadas al cuerpo y la cabeza junto al suelo.

Merecen consignarse, sobre todo, tres bisontes en relieve, ya clásicos, agrupados en el te-



Cueva de Altamira: Pintura prehistórica de cierva
(Fotografía directa)



Cueva de Altamira: Pintura prehistórica de bisonte
(Según copia del profesor H. Bréuil)

cho al comienzo del camino circular, de 1,45, 1,40 y 1,50 metros de longitud, respectivamente.

También en el techo, a la izquierda, siguiendo a lo largo de la pared, son dignas de notarse las pinturas siguientes:

Un jabalí en actitud de carrera (1,60 metros), bastante borrado.

Un bisonte sin cabeza (1,20 metros).

Un bisonte en pie (1,50 metros). La región de la espalda tiene gran plasticidad gracias a un abultamiento natural de la roca, aprovechado por el artista.

Un bisonte en actitud de desperezarse (1,90 metros); también pintado aprovechando las formas de la roca del techo.

Un bisonte echado, en posición de descanso (1,60 metros). Es una de las más hermosas pinturas de Altamira. La cabeza aparece dirigida hacia atrás; nótase igualmente el primor con que están trazados, en rojo claro, los contornos de los cuernos, orejas, ojos y hocico, todo ello con cierta plasticidad, como también los muslos y piernas.

Un caballo salvaje, de fina cabeza (1,60 metros). La porción inferior del cuerpo hasta los pies está borrada. Dentro de la superficie correspondiente a éste, aparece dibujado, en rojo claro, el contorno de una cierva o de un potro, algo más antiguo.

Un jabalí (1,45 metros), debajo del cual se

encuentra otra representación más antigua de la misma especie, cuyas patas todavía pueden distinguirse.

Una cierva (2,20 metros), de bella factura. Bajo la cabeza del animal se encuentra la imagen de un pequeño bisonte en negro.

Más hacia la parte central del techo de la cueva, junto al camino circular, encuéntrase todavía un cierto número de figuras de bisontes. Hemos de hacer unas observaciones acerca de dos de ellas:

Un bisonte en pie (1,60 metros) aparece con la cabeza extraordinariamente expresiva.

Algo después está otro bisonte, de 1,50 metros de largo. Su cuerpo, pardo rojizo, está en parte cubierto por una mancha negra, intensa; la cabeza, pintada de negro en su mayor parte, presenta un aspecto casi "demoniaco".

Con esto termina nuestra visita a la *Sala de las pinturas*, a la cual se ha aplicado, con tanto acierto, el calificativo de "Capilla Sixtina" del arte prehistórico. En todo el mundo pocos serán los lugares que puedan dejar en la mente del visitante un recuerdo tan duradero, una impresión tan profunda. Desde el techo de la cueva, esas pinturas, cuya antigüedad asciende a quince o veinte mil años, debidas a la fantasía y a la mano de aquellos extraños trogloditas, parecen mirarnos asombradas con tanto estupor como el que sobrecoje al visitante cuando, al

contemplarlas, observa que la perfección artística era cosa ya lograda en aquellos remotos tiempos y advierte, al compararlos con los actuales de civilización y progreso, que creemos tan extraordinarios, que sólo lo material de la vida es lo que ha experimentado modificación. Ante la maravillosa obra pictórica de Altamira nos sentimos subyugados por el sentido estético y naturalismo de aquellos primitivos que suponíamos en un estado de abyecta barbarie.

La visita de la caverna puede completarse atravesando pintorescas galerías y salas, en las cuales aparecen sólo algunos grabados o pinturas del hombre prehistórico.

Volviendo al vestíbulo *A*, se pasa a la gran sala *C*, en la cual aparece un pequeño recinto lleno de figuras rojas escaleriformes. Sin ningún género de duda, tenían una significación mágica; pero nada más podemos aventurar sobre este punto.

Siguiendo por el largo corredor *D*, que contiene algunos grabados y pinturas negras de bisontes, penetrase en la majestuosa sala *E*. Presenta un techo plano, de unos 18 metros de ancho; todo un problema de equilibrio arquitectónico resuelto por la Naturaleza. A mano izquierda, se desciende a la sala *F*, en cuyo muro derecho se destaca la hermosa pintura de un bisonte negro.

De la espaciosa sala *E* sale la galería *G*, por

la cual comunica con la sala *H*, en la que termina nuestra excursión por el interior de la caverna, toda vez que el pasillo *I* carece de interés para el turista, aparte las grandes dificultades que presenta la marcha por él.

II

LA SEGUNDA CUEVA, DESCUBIERTA EN 1928

Con objeto de unir cómodamente Altamira con Santillana del Mar, se construyó en el verano de 1928 una carretera para automóviles. Para obtener la piedra necesaria, se abrió una cantera, a unos 100 metros de la entrada de la cueva famosa por sus pinturas, y esto llevó casualmente al descubrimiento de una nueva gruta, notable por la belleza y admirable integridad de sus numerosas estalactitas.

La nueva gruta está constituida por una vastísima sala de unos 80 metros de largo y de variada anchura, nunca mayor de 20 metros. El techo, que es horizontal, está agrietado; pero la Naturaleza misma reparó estos desperfectos, tapando las hendiduras con calcita azulada, que pende de aquél formando innumerables tubi-

tos y finas agujas. El suelo, a su vez, está cubierto de estalagmitas, bien a modo de protuberancias o de esbeltas columnas, bien formando grupos como fantásticas ruinas de castillos medievales.

Ofrece esta cueva un aspecto maravilloso. Como tenues hilos de cristal, reflejan la luz las stalactitas y la descomponen en todos los matices del iris. En otros sitios las paredes son de blancura inmaculada, y del techo cuelgan las stalactitas como bambalinas de teatro. En la parte más interna —la más hermosa de la gruta— hay un bosque de estalagmitas columnares, negruzcas unas, amarillas y blancas otras, que crecen buscando a las delgadas stalactitas que penden del techo y que lentísimamente van a su encuentro.

Todo este maravilloso palacio subterráneo de hadas y gnomos ha sido producido, en el transcurso de los siglos, por las gotas de agua. Las filtraciones, merced a llevar en disolución anhídrido carbónico, corroen la caliza; el agua que se escurre de las stalactitas lleva bicarbonato cálcico, y al evaporarse deposita caliza de extraordinaria blancura y pureza.

A unos 20 metros de la entrada se descubrió un esqueleto. El cráneo estaba en posición invertida, como si el individuo a que perteneció hubiera muerto boca abajo. Se trata de un ser



Altamira: Cueva descubierta en 1928
(Detalle del Interior)



Altamira: Casa-Museo

humano de época prehistórica, que se hallaba en la cueva cuando ocurrió el hundimiento que cegó la entrada. Este esqueleto se encuentra ahora expuesto en la Casa-Museo de Altamira.

HUGO OBERMAIER

Catedrático de la Universidad Central
(Madrid)

BIBLIOGRAFIA SOBRE LA CUEVA DE ALTAMIRA

- E. CARTAILHAC ET H. BREUIL: *La Caverne d'Altamira à Santillana près Santander (Espagne).*—Mónaco, 1906; 1 vol. de 28 × 36 cm., 287 págs., 37 láminas. (Agotado.)
- H. OBERMAIER: *El hombre fósil.*—Segunda edición. Madrid, 1925; 1 vol. de 20 × 28 cm., 457 págs. con 180 figuras en el texto y 26 láminas, varias en color. (Precio: 25 pesetas.)

SANTILLANA DEL MAR

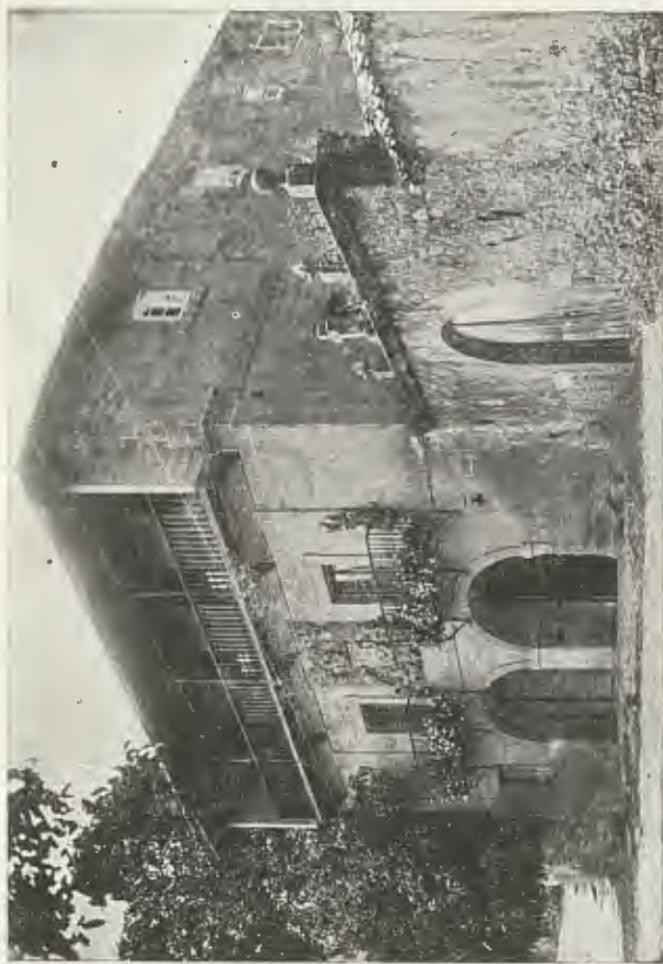
Muchas son las poblaciones españolas que por los gloriosos vestigios que aun guardan (recuerdos de una grandeza caduca), por los monumentos insignes que las ilustran o por el castizo pergeño con que se presentan, merecen constituirse en centros de peregrinación para los devotos de la tradición y del arte patrios; pero pocas pueden ofrecer en más reducido espacio mayor caudal de emociones artísticas que la villa de *Santillana del Mar*.

Su nombre eufónico y romancesco, que tan perfectamente se acuerda con el carácter ancestral de sus calles, evoca en la memoria de toda persona medianamente letrada el recuerdo de dos figuras de alta significación literaria, hija de la fantasía la una y criatura real la otra: el famoso pícaro que con sus andanzas difundió por todo el mundo el nombre de la villa, y el ilustre prócer, valiente soldado y exquisito poeta, que fué gala de la corte de Don Juan II.

No necesitaba, sin embargo, Santillana glorificarse con ser la imaginaria patria de Gil Blas,

ni haber dado nombre al marquesado del autor de las *Serranillas* para vivir en la vida del arte y para figurar en las páginas de la Historia, pues para una y otra consagración tiene títulos sobrados, que puede revisar el que registre sus archivos y el que contemple sus piedras seculares.

De remotos y oscuros orígenes, como tantas otras villas ilustres, sábese únicamente que en lugar próximo al que hoy ocupa existía en tiempos muy antiguos otra que llevaba el nombre de *Planes*, en cuyas proximidades y en época indeterminada se fundó un monasterio en honor de Santa Juliana, mártir de Nicomedia. Pretenden algunos autores que la traslación del cuerpo de Santa Juliana desde Italia hasta la villa de *Planes* tuvo lugar en el siglo VI, al ser invadida la península italiana por los longobardos, y que en aquella época debió de ser fundado el monasterio. Lo cierto es que en el siglo X todavía prevalecía el nombre antiguo de la villa, y el de Santa Juliana se aplicaba únicamente a la fundación religiosa. Pero habiendo crecido considerablemente la importancia del monasterio y habiéndose congregado en torno a él la población seglar, aplicóse a la villa (a partir del siglo XI) el nombre corrompido de la Santa (Santa Juliana, *Sancta Illana*, *Santillana*), como ya se venía aplicando a toda la región Oeste de la provincia, que era y siguió



Casa de los Tagles

Foto Cevallos (Santander)



Ayuntamiento

Foto Pacheco

siendo por mucho tiempo conocida con la denominación de Asturias de Santillana.

Famoso fué el monasterio benedictino de la antigua villa de Planes, grandes sus rentas y notables los privilegios con que le favorecieron los condes y reyes de Castilla; privilegios que culminaron en el año 1209, en que Alfonso VIII, al dar el fuero a la villa, la entregó al señorío del abad y cabildo del que fué monasterio y ya entonces era colegiata secular. No gozaron por muchos años los abades de su dominio en pacífica y efectiva posesión, pues habiendo recibido de manos del rey de Castilla, en el siglo XIV, la poderosa casa de la Vega el señorío de gran número de valles de las Asturias de Santillana consideróse con derechos sobre la villa, promovió querellas y dió lugar a que corriera en abundancia la sangre de los banderizos por las calles de Santillana. Finalmente, Don Juan II asestó el golpe de gracia al debatido señorío del abad, otorgando el título de marqués de Santillana a D. Iñigo López de Mendoza, quien, con sus dotes extraordinarias, le elevó al rango de los más ilustres y famosos. Acudió el excenso poeta a tomar posesión de su marquesado, y aunque tuvo que luchar con la tozuda resistencia de los montañeses, “ommés valientes, esforzados e muy cursados en las peleas a pie, que segund la disposicion de aquellas montañas se requiere facer”, como dice Fernando del Pul-

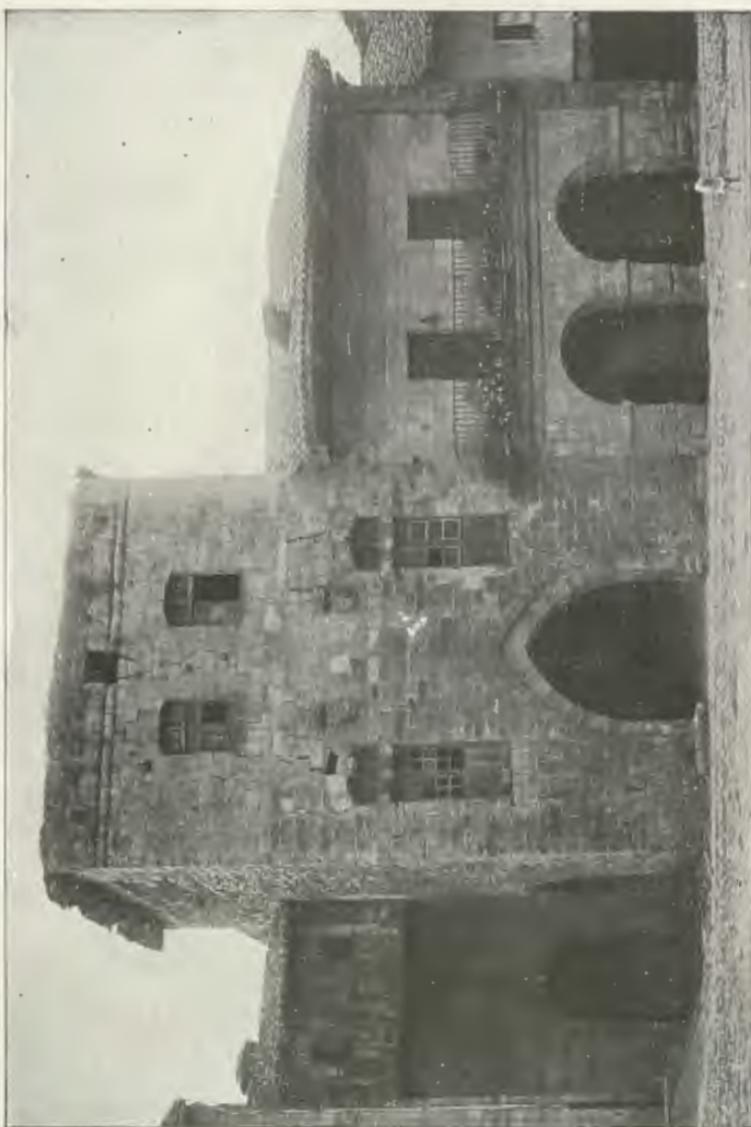
gar, logró, al fin, hacerse reconocer por señor en el famoso campo de Revolgo, no sin haberse visto muchas veces "en grandes trabajos e peligros de la guerra continua que con ellos tovo".

En medio de este ambiente de continua hostilidad se desarrolló la villa en los siglos medios y fué adquiriendo ese aspecto torvo, ceñudo y desconfiado que aun hoy perdura en los edificios que de aquellos tiempos se conservan; en esas *torronas* que todavía alzan sus muros renegridos y mohosos, haciendo revivir en la imaginación los días en que, según frase de Menéndez Pelayo, "se lidió de torre a torre y de casa a casa... y apenas se conoció otra justicia que la que cada cual se administraba por su propia mano".

Pero a los revueltos tiempos medievales sucedieron otros más apacibles y prósperos para la región cántabra. Sosegados los ánimos, pudieron los pecheros arrinconar las picas y los arcabuces para empuñar la esteva y el *dalle*; los hidalgos, más ricos en pergaminos que en heredades, gozaron pacíficamente de sus menguadas rentas; los frailes y canónigos, que no veían turbadas sus preces por el estrépito de las armas y los *apellidos* de los combatientes, entonaron plácidamente sus cantos gregorianos, sin olvidarse de cobrar con toda puntualidad los diezmos y tributos ni de acrecentar cuanto podían sus haciendas; los segundones hallaron en

Casa de los Borjas

Foto Cevallos (Santander)





Torre del Merino

Foto Cevallos (Santander)

la Nueva España y en el Perú ancho campo donde perseguir, sin trabas enojosas, a la fortuna... Los viejos solares se restauran; álzanse nuevas mansiones señoriles, donde podrá faltar la necesaria holgura y la más elemental comodidad, pero nunca el ostentoso blasón de piedra con sus tenantes, sus ninjas, su yelmo, su profuso airón y su arrogante mote.

Las casas de esta época (siglos XVI, XVII y XVIII) son las que con mayor abundancia se encuentran en Santillana y las que principalmente imprimen su fisonomía característica a la villa; con ellas se entremezclan las de siglos anteriores, formando un conjunto de singular fuerza emotiva.

Encuentra, pues, el viajero que recorre las calles de Santillana, en breve espacio, todo un compendio de la arquitectura civil regional en sus diversas épocas, desde el siglo XIII hasta el XVIII, de tal modo que pudiera ponerse a la entrada de la villa un cartel que dijera de este modo: "Museo de Arquitectura montañesa".

Dispongámonos ya a recorrer sus calles silenciosas, donde la vida palpita aún con el ritmo lento de los tiempos pasados.

Situémonos en el histórico *campo de Revolgo*, cuyos retorcidos árboles tan felizmente armonizan con las vetustas construcciones vecinas. A la izquierda, y como apartada del tráfico urbano, veremos la *casa de los Tagles*, noble y

típica construcción del siglo XVIII, con su portal de doble arco, sus balcones de hierro, su espléndido escudo y su solana en el segundo piso, según una disposición poco frecuente, aunque no única.

Siguiendo la carretera, en dirección de la villa, dejaremos a la izquierda insignificantes construcciones modernas y a la derecha el convento de *Regina Coeli*, fundado por Alonso Velarde en los últimos años del siglo XVI.

Penetrando por la única calle que en esta dirección se encuentra, se nos ofrecerá en primer lugar a la vista la señorial mansión de los marqueses de Casa Mena, severa construcción del siglo XVIII, de elegantes líneas, deslucidas en parte por la falta del alero, que en otros tiempos le pondría adecuado remate. Contigua al palacio, una pequeña construcción de sillería, con su arco apuntado en planta baja y sus ventanas adinteladas en el único piso, nos muestra un modelo de la casa montañesa en el siglo XV.

Frontera a ella se encuentra una construcción de análoga época y parecida traza que el palacio, en cuyo escudo el águila traspasada por una flecha indica que aquella casa perteneció a la hidalga familia de los Villas.

Pocos pasos más allá la calle se bifurca; si-gamos la vía de la izquierda, que lleva el nombre de *Juan Infante*. En su corto recorrido encontraremos varias casas interesantes, de las



Calle de las Lindas

Foto Fuertes (Santander)



Casa llamada del Marqués de Santillana

Foto Cevallos (Santander)

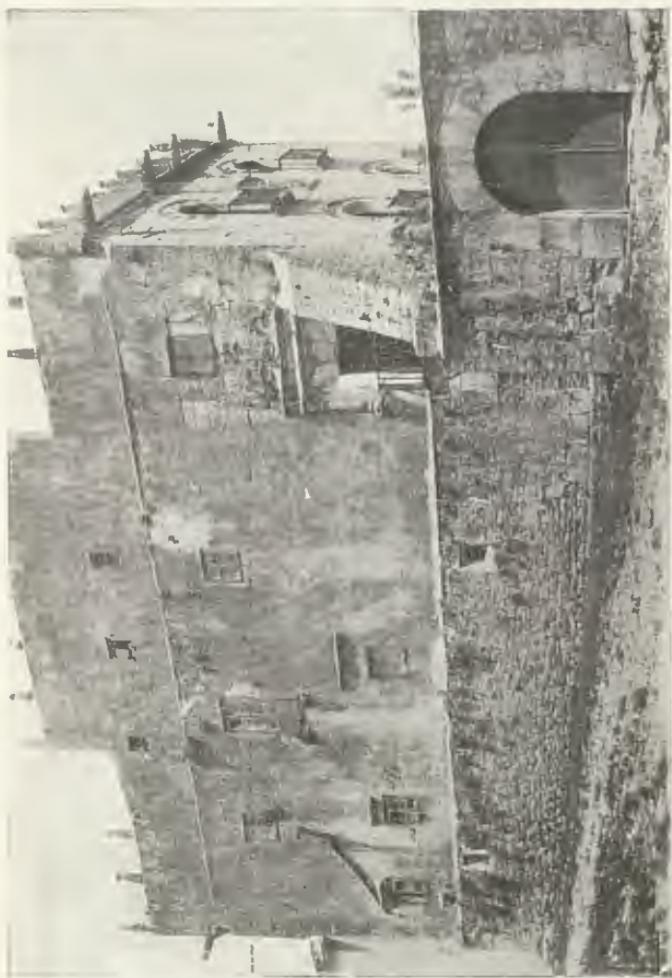
cuales merecerá nuestra especial atención la llamada *del AgUILA*, situada a la izquierda, que ostenta un primoroso escudo en su fachada, y a la derecha, la antigua casa de los Barredas, hoy ocupada por el "Parador de Gil Blas".

Con esto nos encontramos en la admirable plaza, donde el interés que en el viajero despertó la villa desde los primeros pasos que dió por sus calles, se acrecienta considerablemente. Las edificaciones que cierran el perímetro irregular de la plaza pertenecen a muy distintas épocas, pero tienen la suficiente antigüedad para que, vistas en la lejanía del tiempo, se atenúen las diferencias y se establezca entre ellas una aparente unidad.

A la izquierda se encuentra la *Casa-Ayuntamiento*, construída en aquel severo estilo herreiano que imperó en la Montaña durante los siglos XVII y XVIII; junto a ella, varias viejas y pintorescas construcciones. Enfrente de la calle de Juan Infante, la *torre de los Borjas* (hoy palacio de la infanta Paz de Borbón), interesantísima construcción del siglo XV, donde se acusa el tránsito del vivir belicoso de la Edad Media al más pacífico de los tiempos modernos. Un gran arco apuntado sirve de ingreso al soportal, con accesos laterales que, por un lado, establecen la comunicación con la calle, y, por el otro, con el soportal de la casa contigua; en el primer piso, tres huecos de arco rebajado, tapiado el del me-

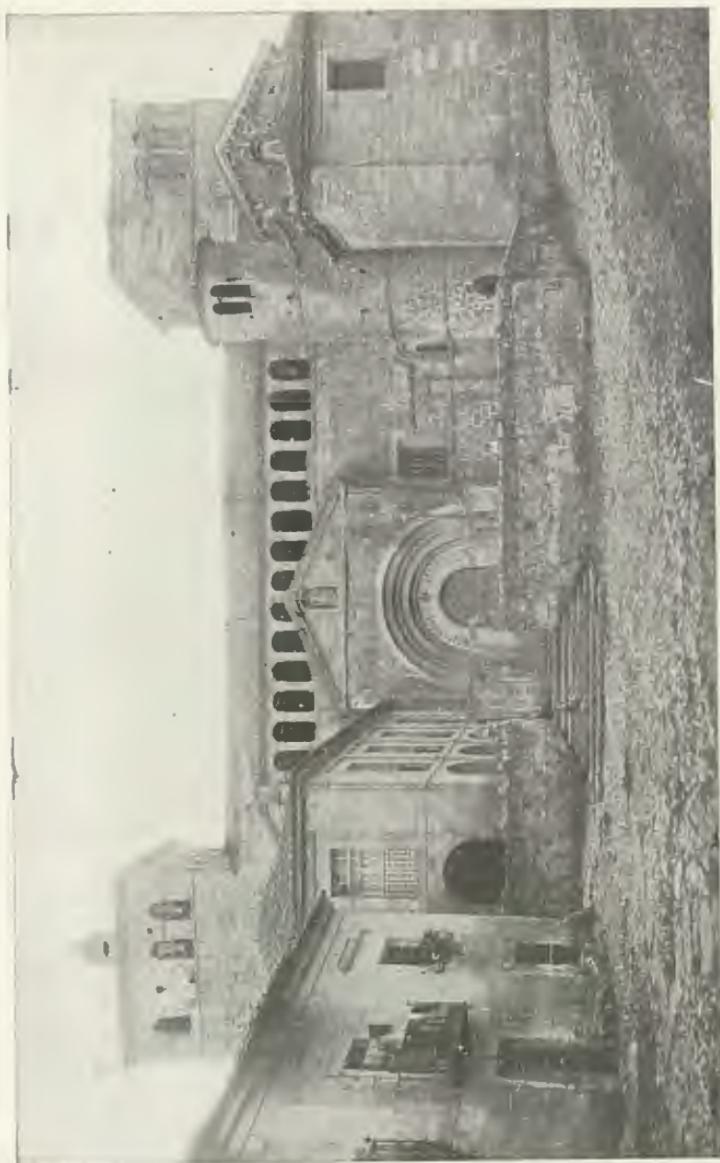
dio y rasgados los laterales en época posterior a la construcción; en el segundo, otros dos intactos. Cornisa de escaso vuelo y gárgolas en forma de cañones completan el aspecto exterior de esta torre. Agregada a ella, por la parte de atrás, hay otra construcción, algo posterior, que presenta como particularidad curiosa uno de los pocos patios interiores que existen en la arquitectura regional.

A la derecha alza su mole adusta la *torre del Merino*, la más venerable construcción civil de Santillana. Lóbrega y triste, con su aspecto militar, ofrece un testimonio de lo que sería la vida de los hidalgos montañeses en el siglo XIII, época a la cual se remonta su edificación. Las largas dovelas de su arco apuntado han sido cortadas modernamente para dar mayor amplitud al ingreso. Varias ventanas, abiertas en épocas en que habían dejado de ser temibles las sorpresas, han aumentado la escasísima luz que recibía la planta baja por algunas estrechas aspilleras. En el primer piso, la doble ventana de arco apuntado, con poyo interior, constituiría primitivamente el único vano por donde los moradores de la *torrona* podían asomarse al exterior en los lapsos de tiempo tranquilos. Un hueco de mayor amplitud, situado en el segundo piso, servía para salir al cadalso que, en caso de alarma, se armaba a aquella altura, a cuyo fin estaba el muro provisto de los necesarios



Casa de los Velardes

Foto Cevallos (Santander)



Fachada de la Colegiata

Foto Cevallos (Santander)

garfios de piedra donde se apoyaban las carre-
ras. Coronaba la torre un adarve corrido, de-
fendido por almenas, hoy macizadas.

Torciendo la ruta a la derecha, por la angos-
ta calle de *Las Lindas*, veremos una amplia-
ción de la torrona, cuyas ventanas gemelás, de
arco apuntado y matacanes volados, de marca-
dísimo sabor gótico, permiten fijar en el si-
glo XIV la época de su construcción.

Pasamos con esto a la calle del *Cantón*; entre
la doble hilera de casas que la constituyen, se
destaca por su elegante sencillez la llamada *del marqués de Santillana*: arco apuntado en la
planta baja; cuatro ventanas adinteladas y re-
cuadradas por gótica moldura, con escudos in-
termedios y alero de gran voladizo, son los ele-
mentos que integran esta fachada del siglo XV,
parecida en su composición a otras contemporá-
neas suyas que se encuentran en distintos luga-
res de la Montaña. Rejas, hierros y carpinterías
de confección moderna, pero en los cuales se han
imitado modelos antiguos, completan el intere-
sante conjunto.

Poco más allá se encuentra la casa llamada
de los Hombrones, a la que dan nombre los no-
tables tenantes de su magnífico escudo.

La casa de *Cossío*, que se alza algo más aba-
jo, también luce gran escudo, cobijado bajo am-
plísimo alero.

Aquí la calle se ensancha, y la hermosa pers-

pectiva que ofrece se cierra al fondo con la fachada principal de la *Colegiata*, bella, armónica y de clara estirpe románica, a pesar de las mutilaciones que ha sufrido y de los varios e incongruentes aditamentos con que los siglos han dejado marcado en ella su paso.

A la izquierda, y antes de llegar a la escalinata de ingreso, se encuentra la antigua casa de los abades, donde los elementos góticos, manifiestos en algunas de sus ventanas, se mezclan con otros más modernos...

Puerta de múltiples arcos de medio punto, de los cuales, por efecto de alguna irrespetuosa reparación, ha desaparecido la decoración escultórica propia del estilo, restos de esculturas toscas y mal encajadas en el muro; frontón de gusto neoclásico y graciosa arquería de época relativamente moderna; torrecilla románica de planta circular con ventana de arcos gemelos; maciza torre cuadrada en los pies del templo y otra de doble cuerpo sobre el crucero, aligerada en parte con ventanas y arcaturas: tales son los elementos principales que se destacan en esta fachada de la histórica iglesia.

Dando la vuelta a la sacristía, de estilo herreñano, que se adosa a la nave transversal, nos hallaremos ante el ábside, de líneas puras, realzadas por el vigoroso claroscuro de los arcos que voltean sobre sus ventanas.

Antes de penetrar en el templo dediquemos



Ábside de la Colegiata

Foto Cevallos (Santander)



Claustro de la Colegiata

Foto Cevallos (Santander)

unos minutos a contemplar la vecina *casa de los Velardes* (hoy palacio de la duquesa de Párcer), importante construcción del siglo XVI; con sus hastiales escalonados, tan típicos de la arquitectura montañesa de aquella centuria; sus pináculos, sus gárgolas, sus cubos en los ángulos, su portal de doble arco, sus balcones de medio punto y, como elemento extraño al arte regional, la guarnición plateresca de uno de sus huecos.

Penetremos luego en la *Iglesia Parroquial*, antigua colegiata y, en tiempos más remotos, famosa abadía benedictina.

La fundación monástica se remonta, según opinión del P. Flórez, al siglo VI, aunque sólo se tiénen noticias documentales de ella a partir del siglo IX. No data de tiempos tan antiguos la iglesia que hoy se ofrece a nuestra contemplación, ni creemos que se encuentren en ella vestigios de construcción anteriores al siglo XII.

Pertenece, pues, la actual iglesia al estilo románico, a ese románico montañés, rudo y vigoroso, que tan hondamente arraigó en nuestro suelo. Consta de tres naves con crucero, tres ábsides semicirculares y una torre cuadrada a los pies.

La planta de los pilares es cruciforme, con columnas adosadas en los cuatro frentes de la cruz, pero no en los ángulos; por donde se in-

fiere que en sus orígenes no tuvo bóvedas de arista.

De las primitivas bóvedas hoy sólo se conservan los cuartos de esfera de los ábsides, los cañones de la nave transversal y la cúpula con nervios que se alza sobre el crucero; el resto de las naves ostenta bóvedas góticas de crucería. Las columnas tienen bases sencillas sobre alto basamento y hermosos capiteles historiados.

En el centro de la iglesia está el sepulcro de Santa Juliana con la esfigie de la santa, tosca-mente labrada en piedra; pero la reliquia no se guarda en él, pues el célebre obispo de Burgos D. Alonso de Cartagena la hizo trasladar al presbiterio en 1453.

En el altar mayor (cuyo rico frontal de plata es una buena pieza de orfebrería barroca) hay un hermoso retablo gótico de fines del siglo XV, con excelentes pinturas de escuela flamenca. En el zócalo del mismo, cuatro figuras en relieve representan a los evangelistas con un realismo ingenuo y familiar.

Detrás del frontal se conserva un curioso relieve románico con las figuras de cuatro santos, que quizá formara parte de algún antiguo retablo.

A los pies de la nave lateral izquierda hay una buena imagen en talla policroma, que representa a Cristo crucificado y que creemos debe datar del siglo XVII.

El claustro, situado al lado norte de la iglesia, es un bellísimo ejemplar de su estilo. Sobre un basamento corrido se alzan las columnas pareadas con capiteles grandes, variadísimos y de alto valor artístico, donde se hallan reproducidos gran parte de los asuntos predilectos del gusto románico: escenas religiosas, lances de caza, motivos derivados de la flora, de la fauna fantástica o formados simplemente por filamentos entrelazados en múltiples y complicadas combinaciones...

Todos ellos testimonian la suprema habilidad técnica y la exuberante fantasía de aquellos canteros medievales que, con sus extrañas invenciones, han dejado planteados tantos problemas de interpretación. Contentémonos nosotros con admirar su belleza y dejemos que las personas aficionadas a ver en las cosas obscuras una intención simbólica se afanen en descifrar sus misterios y en traducir sus enigmas al lenguaje vulgar.

ELÍAS ORTIZ DE LA TORRE,

Arquitecto.

ITINERARIO

Para ir desde Santander a Santillana del Mar debe seguir el *automovilista* la excelente carretera de Oviedo, que en una hora de cómodo viaje conduce a Santillana, después de pasar por Puente Arce y Barreda (30 kilómetros). Algunos kilómetros más tiene el otro itinerario, por Torrelavega y Puente de San Miguel (véase el mapa adjunto).

Muy ventajoso resulta utilizar los *automóviles públicos* que, durante el verano, efectúan servicio diario entre Santander y Santillana.

Todavía puede el turista utilizar otro medio de locomoción: el *ferrocarril*. Lo mejor, en este caso, es salir en el primer tren (línea de Santander a Oviedo; Ferrocarriles del Cantábrico) para Torrelavega, adonde se llega a las nueve de la mañana; allí espera el automóvil de línea que cubre el trayecto de Torrelavega a Comillas, que hacia las diez pasa por Santillana del Mar, donde se apeará el turista.

Las cuevas de Altamira están situadas al sud-oeste de Santillana, a tres kilómetros de esta población, sobre una suave loma de unos 80 metros de elevación. El guía, que habla el francés, vive junto a las cuevas, en la Casa-Museo, donde se expenden los billetes de entrada.

La duración de la visita es alrededor de una hora.

* * *

SERVICIO DIRECTO EN AUTOMÓVILES PÚBLICOS

Salidas de Santander:

Un coche a las 15.30, del paseo de Pereda.

Otro, a las 16, del Sardinero.

Llegada a las Cuevas:

Aproximadamente cuarenta y cinco minutos después de la salida.

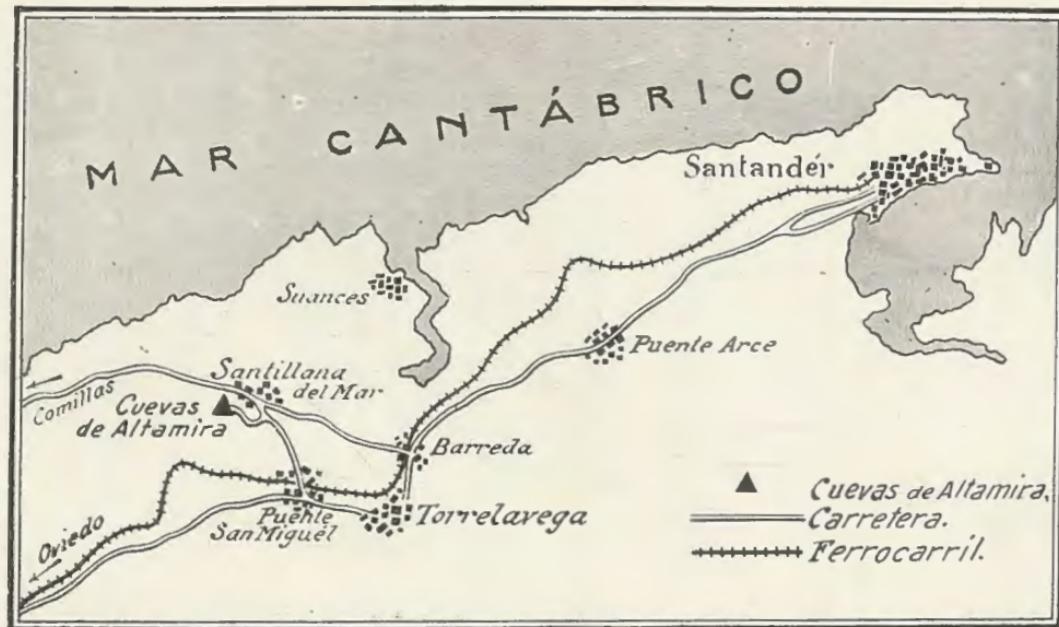
Regreso:

Se emprende a última hora de la tarde.

SERVICIO COMBINADO DE AUTOBUSES

Salidas de Santander:

Un coche a las 17 y otro a las 18, de los que hacen el servicio Santander-Reinosa (Avenida de Alfonso XIII).



Mapa itinerario

Llegada a Torrelavega:

Aproximadamente una hora después de la salida.

Salida de Torrelavega:

En autobuses del servicio Torrelavega-Comillas, pocos minutos después de la llegada del autobús de Santander.

Llegada a Santillana del Mar:

Media hora después, aproximadamente.

Regreso:

No puede hacerse hasta el día siguiente. Se toman en Santillana del Mar, a las 7.30 y 8.30 de la mañana, aproximadamente, los autobuses Comillas-Torrelavega, y luego, en este último punto, a las 8 y 9 de la mañana, los autobuses de la línea Reinosa-Santander, adonde se llega a las 9.30 y 10.30, respectivamente.

**SERVICIO COMBINADO DE FERROCARRIL
Y AUTOBUSES**

Salidas de Santander (Estación del Ferrocarril Cantábrico):

A las 8.20 y 17.5.

Llegada a Torrelavega:

A las 9.6 y 18.1, respectivamente.

Salidas de Torrelavega:

En autobuses de la línea Torrelavega-Comillas, que empalman con dichos trenes.

Llegada a Santillana del Mar:

Aproximadamente, media hora después.

Regreso:

Puede hacerse en autobuses de la línea Comillas-Torrelavega, que empalman en la estación de este último punto con el tren que sale a las 19.38 para llegar a Santander a las 20.35.

SERVICIO ESPECIAL SANTILLANA-SANTANDER

Eventualmente, en días y horas no señalados de antemano, los autobuses de la línea de Comillas suelen hacer viajes directos Santillana-Santander.

* * *

Cualquiera de las combinaciones expuestas que no sea el servicio directo, primeramente indicado, en automóviles públicos de la Cantabria-Cars, tiene el inconveniente de dejar al excursionista en Santillana de Mar, que dista tres kilómetros de las cuevas de Altamira.

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A.
Ríos Rosas, 24.—MADRID

Precio: 2 pesetas